

18 de abril de 2004

Moulin Rouge: Seduce por más de un siglo

Aniversario. Nació hace 115 años, varias veces estuvo a punto de desaparecer, fue inmortalizado por el artista Toulouse-Lautrec y hoy su espectáculo atrae a gente de todo el mundo

Auxilio Alcantar

Las luces se apagan, se levanta el telón y ante la mirada atónita de los espectadores aparecen 40 chicas de monumental belleza: 1.75 de estatura, delgadas, senos descubiertos, piernas largas y rostro de ensueño. Su indumentaria es creativa y sensual. Zapatos de tacón alto, minibikini en lentejuelas, joyas y un gigantesco tocado de plumas de avestruz. Son las Doris Girls, las emblemáticas bailarinas del Moulin Rouge, el cabaret más célebre del mundo.

Entre aplausos comienza el fastuoso desfile. Veinte atléticos jóvenes acompañan a las demoiselles. Estamos en el París de finales del siglo 19, época del can-can y la bohemia. Minutos después, nos hallamos en Indonesia. Un barco de piratas ha anclado en Bali. El capitán sueña con la mujer ideal y suntuosos bailes; en tierra, sus hombres asisten a la ceremonia del dragón, entre sacerdotisas y magas.

Juegos de glamour, magia y fantasía. No menos de 27 escenografías en las que, con música, luces y efectos especiales, transitamos por el tiempo.

Francia durante la guerra y la liberación: la java, pero también la llegada del circo a la ciudad. Payasos, acróbatas, leones y caballos. Una piscina emerge del suelo con decenas de serpientes y la atlética domadora se deja acariciar por los reptiles. Aladino vuela sobre el público en busca de la pasión.

Surgen hadas con tocados luminosos, en bikini y botas largas. Imágenes llenas de color y sensualidad para festejar los 115 años del Moulin Rouge. De pronto, giran las cabezas. Los reflectores enfocan los cuadros de Toulouse-Lautrec y, con ellos, la historia del lugar.

El Moulin Rouge nace a finales del siglo 19, gracias a dos visionarios amantes del espectáculo, Charles Zidler y Joseph Oller. El primero francés, el segundo de origen catalán, ambos hicieron fortuna en el hipódromo. Los empresarios intuyen que al popular barrio de Montmartre le hace falta algo. En ese entonces, la colina de Montmartre está de moda; es cosmopolita, hay bares y diversión. Por su calles se mezclan artistas, gente del pueblo y una burguesía sedienta de novedad. Florecen los salones de baile y antros de placer. ¿Por qué no aprovechar tradición y ambiente para crear un gran cabaret, excéntrico y distinto a los otros? Dicho y hecho.

El nombre fue copiado de un antiguo restaurante de la Avenida Franklin Roosevelt, pero el diseño de la maqueta es original: la concibió Willete, uno

de los diseñadores más reputados de la época. Sobre el recinto, de cara a la calle, un gigantesco molino rojo, con aspas movibles y, en cada ventanita, un maniquí. Todo calculado para que, al iluminarse, las aspas giren y los muñecos se inclinen para dar la bienvenida.

Con el eslogan "Baile, diversión y variedad", abre sus puertas el Moulin Rouge en octubre 1889. Desde la primera noche, el éxito es total. Por el escenario desfilan acróbatas, intérpretes de la danza del vientre, bailarinas sacudiéndose rítmicas sobre un colosal elefante de cartón. Y, por supuesto, las primeras "cuadrillas" inmortalizadas luego como French can-can.

El delirio de los espectadores no tenía par. "La vie est belle", gritaba uno en el fondo de la sala: Henri de Toulouse-Lautrec, el pintor cuyo nombre quedaría vinculado para siempre al del cabaret.

El can-can se convierte rápidamente en danza ritual. Poco importa que las chicas sean jóvenes o bellas, prima el ritmo, la acrobacia, la flexibilidad y el equilibrio. Son ocho minutos de baile, bajo los acordes endiablados del director de orquesta Jacques Offenbach, salpicados de erotismo, por vestuario y movimientos. Corsé pegado al cuerpo, escote provocador, liguetos, medias negras, zapatos de tacón alto y faldas anchas de encaje, que dan libertad para levantar la pierna a lo alto de la cabeza, dejando ver un poco de muslo y el calzón.

"¿Cómo no gritar de frenesí ante tal espectáculo?", decía Toulouse-Lautrec. ¿Cómo no homenajear también a Céleste Mogador, la gran vedette de polka, que pasó años investigando hasta crear la coreografía? Mogador había estrenado el género en 1850 en pequeños cabarets. En 1861, el inventor del music-hall moderno, el inglés Charles Morton, se lo lleva a Oxford rebautizándolo como French Can-Can: french por venir de Francia, y can-can por su estrepitoso ruido. Empero, a Morton le faltó conocimiento de los suyos. La exquizez británica no soportó un baile tan audaz: terminó prohibido en los escenarios. En París, ocurre lo contrario, el can-can se expande como reguero de pólvora y los propietarios del Moulin Rouge aprovechan la boga. En un descolorido cabaret, Oller se topa con la que sería su estrella: Louise Weber, mejor conocida como La Goulue (la tragona), una joven lavandera, de ritmo, elasticidad y determinación sin igual. La contrata para encabezar la cuadrilla y en unos cuantos días se convierte en la reina de la sensualidad. La embajadora del placer, decían.

Nadie como ella para bailar sobre mesas y escenario, valerse de las luces, música y embriaguez del ambiente. Unica para abrir las piernas en compás de 180 grados, mostrar un corazón bordado en el calzón y hacer enrojecer al público por la osadía de su vocabulario. Las bailarinas desfilaban, pero la vista estaba puesta en La Goulue. Antes de convertirse en vedette, La Goulue había posado desnuda para el pintor Renoir, de quien se enamoró, pero a Toulouse-Lautrec le niega sus favores. Sabiéndose musa, sólo acepta posar vestida para él y únicamente en su viejo taller. Al creador del cartel publicitario poco le importa, la esencia ya la había captado: "Hay en ella una fe que nadie más posee. A veces sonriente, tímida, osada o felina, pero siempre flexible como un guante".

En punto de las 20:00 horas, se abría el telón y comenzaba la aventura. Operetas, sevillanas, valeses, danza hindú, pantomima. Bailes cada vez más suntuosos, sketches cómicos y, entre luces tenues, parodias de temas míticos. Y fue precisamente por una de esas obras que el rincón de la fantasía se cimbró, cuando menos por unos días: Cleopatra, casta en su desnudez. El desfile arrancaba con Cleopatra (La Goulue), portada en hombros por cuatro jóvenes. Fanfarrias, dioses y modelos enteramente

desnudas acompañaban el cortejo, mientras otras chicas reposaban plácidas sobre un lecho de flores. Homenaje al arte, la belleza y el amor, dijeron Guy de Maupassant, Oscar Wilde y Toulouse-Lautrec, pero no así el inspector de la moral pública. Escandalizado, el funcionario presentó querrela contra el productor y las chicas que exhibían su cuerpo. El grupo fue condenado por impúdico a una severa multa financiera. Un golpe para el Moulin Rouge, pero excelente publicidad.

El también denominado "Templo de la mujer" cerró varias veces. La primera en 1894, por una disputa entre socios. Oller se queda como único propietario y compra la famosa sala de conciertos del Olympia.

Sin embargo, su lugar preferido sigue siendo el cabaret de Montmartre.

Noche a noche, artistas, políticos y gente de los bajos fondos se impregnan allí del excéntrico abanico audiovisual. Caravana de camellos con bananeras en falda sexy y multicolor. Legionarios romanos en uniforme, circo y, como cierre, el tradicional can-can.

El retiro de La Goulue -que se instala como independiente- y la exacerbada competencia provocan que el telón vuelva a caer. Silencio para el cabaret y triste final para la diva. Años de alcohol y despilfarro hacen que la mujer que pudo haber sido una de las más ricas de su época, muera como vagabunda. De 1903 a 1914, los directores del recinto se suceden, lo mismo que las estrellas. El Moulin Rouge había incorporado una taberna con pista de baile y orquesta en el sótano, mientras que en la sala primaban las operetas. Sueño de Egipto, Amor libre, La bella de Nueva York...

Del mundo entero llega la gente para ver el espectáculo, la crema y nata de París en primera fila. Hasta que un gigantesco incendio destruye el recinto en 1915. Sólo pudo rescatarse la fachada. La Primera Guerra Mundial frena los trabajos de reconstrucción y hay que esperar 10 años para que el cabaret renazca de entre los escombros.

Transformado en teatro y sala de conciertos, el Moulin Rouge vuelve a abrir sus puertas en 1924. Por su elegancia y fino decorado, se gana el título de la sala más bella del mundo. En ese renovado espacio se presentan las mejores revistas musicales: Esto es París, Vestuario de plumas y Montmartre al desnudo. El rol estelar lo lleva Mistinguett, reina del music-hall y sucesora de La Goulue.

Sin embargo, el tiempo avanza, los gustos cambian y el Moulin Rouge deja de ser una atracción. El fin de la belle époque para el music-hall francés empieza en 1929. Se clausura la sala de baile y la de espectáculos se convierte en el cine más grande de Europa. Años más tarde, en un intento por recuperar la edad de oro, la sala de baile reabre como club nocturno con el nombre de Robinson Moulin Rouge.

De nada sirvió: la Segunda Guerra Mundial había comenzado y los únicos espectadores eran oficiales alemanes.

Terminado el conflicto bélico, el establecimiento tarda en recuperar el brillo de antaño. Los nuevos propietarios son los hermanos Joseph y Louis Clérico. Quieren atraer una clientela internacional y volver a los orígenes del gran espectáculo, con cena adicional. Para ello, un fino restaurante se impone. La suerte retorna al cabaret a mediados de los 50, con excéntricas revistas musicales que pronto adquieren reputación mundial. El can-can vuelve a la carta. Con éxito avasallador se presentan también la voces francesas más importantes del momento: Edith Piaf, Yves Montand, Luis Mariano, Charles Trenet, Charles Aznavour, Maurice Chevalier, Jean Gabin. Como lo harían, años más tarde, artistas extranjeros de la talla de Ginger Rogers, Ella Fitzgerald, Liza Minelli, Frank Sinatra, Elton John y el más célebre bailarín de

danza clásica, Mikhail Baryshnikov.

Pero el Moulin Rouge no sería lo que es en la actualidad sin las Doris Girls, cuerpo de baile creado en los 60 por la coreógrafa Doris Haug. Peculiar historia la de esta niña alemana: a escondidas de sus padres toma clases de danza, estudia en la ópera y el conservatorio, hasta obtener el título de profesora. Con el diploma llega a París y es contratada por el Moulin Rouge. Desde entonces, Doris dirige el espectáculo. Las "girls" pasaron de cuatro a 60. Y desde entonces, aunque la revista cambie cada cuatro años, siempre se le da un nombre que empiece con la letra "F", como Frou-Frou, el primer éxito de Doris Haug.

La mítica sala ofrece hoy dos representaciones cotidianas de la revista Formidable. Un espectáculo ampliamente aplaudido por los 900 espectadores que llenan noche a noche el cabaret más célebre del mundo y sueñan con las Doris Girls.

Auxilio Alcantar, periodista cultural

Fantasía de las Doris Girls

Cada año, Doris Haug realiza castings de Las Vegas a Sidney, de Londres a París, para reclutar a bellas y talentosas bailarinas.

Los requisitos que pide son 1.75 de estatura, piernas largas, lindos y redondos senos, bello rostro, edad entre 18 y 30 años. Como formación, exige danza clásica, jazz y contemporánea. Los chicos deben medir 1.85, ser musculosos y tener la misma formación.

La estética del equipo es estrictamente vigilada. Prohibido el aumento o la pérdida de peso, prohibido el cambio de estilo en el corte de cabello o cualquier modificación de color. Se cuida la alimentación y el entrenamiento cotidiano.

El idioma de trabajo del cuerpo de baile, conformado por chicas y chicos de 19 nacionalidades, es el inglés. Doris Girls y Doris Dancers trabajan seis días por semana, y ganan de 2 mil 500 a 4 mil euros por mes, según su posición en el escenario.

El incentivo monetario es importante, pero lo que más aprecian, dicen, es bailar en el Moulin Rouge.